

Información científica, ¿para qué?

Matiana González Silva

Frente a las tribulaciones diarias que llenan las páginas de los periódicos, las secciones científicas parecen casi siempre un oasis. Son el espacio de las buenas noticias, un mundo feliz en el que normalmente están todos de acuerdo. Sólo de tanto en tanto explota algún escándalo, que por lo general lo que consigue no es minar la credibilidad científica, sino por el contrario reafirmar cuáles son los verdaderos valores de la ciencia: racionalidad, cooperación, altruismo. Tanto parece estar el mundo de la ciencia muy por encima de la vida mundana, que resulta casi indecoroso el cuestionar siquiera las razones de dar a conocer sus logros: “pues para que la gente esté enterada”, para que el público finalmente conozca cómo verdaderamente el mundo “es”.

A través de las páginas de un buen periódico podemos enterarnos de que los científicos han logrado entender tal cosa, que han descubierto tal, que finalmente dieron con la respuesta a un enigma que llevaba años sin resolverse. Se trata de un modelo de popularización científica centrado en los grandes descubrimientos, que sin embargo nos deja muchas veces la sensación de no entender del todo cuál es la verdadera relevancia de las noticias de las cuales informa. Tras la sensación de incomodidad que muchas veces generan las noticias científicas, no se esconde empero nuestra propia ignorancia, sino la legítima aspiración de que la información científica en la prensa nos sirva, como lectores, para algo.

Como toda tradición bien consolidada, hacer divulgación científica resaltando tan solo las nuevas verdades alcanzadas se vende con el mote de que no hay otra manera de hacer las cosas bien, cuando detrás se esconden, sin embargo, determinados intereses, una historia concreta y una agenda política muy bien determinada.

Históricamente, la popularización científica centrada en los aspectos más “técnicos” de la actividad científica nació en un momento en que la ciencia no gozaba ni de mucho prestigio ni de mucha legitimidad. En las postrimerías de la Primera Guerra Mundial, cuando la gente miraba con escándalo el papel que jugaron los químicos en la fabricación de gases venenosos, los científicos se organizaron para tratar de convencer al público de que la ciencia no sólo no era nociva, sino que era el único camino hacia el progreso económico, la democracia y un modo de pensar racional.

La manera de conseguir tal objetivo fue a través de un proyecto divulgador que enfatizaba los aspectos más útiles del conocimiento, trataba de borrar cualquier conflicto y mostraba a los científicos como grandes héroes desprendidos del mundo y dedicados enteramente al desentrañamiento de la verdad. Ni qué decir que el modelo terminó de consolidarse después del lanzamiento de dos bombas atómicas sobre Japón. Sólo insistiendo en que el conocimiento más puro no tenía relación con ninguna de sus aplicaciones podía quedar la física “al margen” de todo debate ético sobre aquellas

masacres. Sólo aislando a la ciencia de cualquier compromiso ideológico, pudo la genética humana “diferenciarse” de las barbaridades eugenésicas.

Casi un siglo después del surgimiento en Estados Unidos del *Science Service*, la primera agencia de noticias especializada en asuntos científicos y nacida con el fin explícito de mejorar la imagen de la ciencia, esta manera de entender la popularización científica se ha impuesto a lo largo y lo ancho del mundo editorial. Pero quizás ha llegado el momento de plantearnos de nuevo si el verdadero papel del periodista es el de promover, así sin más, la ciencia, aun a costa de trucar la naturaleza misma de la actividad sobre la que informamos.

Porque la ciencia es mucho más que los conocimientos que genera. O por decirlo de distinta manera: los conocimientos que genera la ciencia son resultado de un mundo complejísimo y multifacético, que sin embargo permanece escondido tras las cuatro paredes de los laboratorios.

Mucho más allá de los conceptos, la ciencia tiene una dimensión material y una práctica, una cara social y una institucional. Es, a fin de cuentas, el resultado del trabajo de personas concretas, que toman decisiones concretas basándose en unos valores determinados. Las líneas de investigación no se eligen por su importancia intrínseca, sino porque hay quien las considera interesantes y consigue dinero para ello, muchas veces a costa del proyecto del vecino de enfrente. Los experimentos no son éticamente válidos en sí mismos, sino que hay quien no tiene conflicto con un procedimiento, y quien prefiere quedarse en la ignorancia con tal de no emprender un camino que le parece inaceptable. Y así con cada una de las decisiones que se toman en el largo proceso de construir el conocimiento científico.

Si el proceso de creación de verdades tiene su lado subjetivo, una vez fraguadas las teorías no puede pretenderse que sean completamente ajenas a los usos que se hace de ellas. La ciencia influye en el desarrollo tecnológico, en las prácticas legales, en las políticas educativas, en el modo de encarar la salud... Determina, de una u otra manera, la distribución del poder en el mundo y el reparto de nuestras riquezas. Es, como la economía, el arte o la política, un elemento clave en el rumbo que emprenden los pueblos, y como tal no debería estar determinada tan solo por quienes la practican, sino por el conjunto de la sociedad.

El modelo de popularización científica heredero de aquellas campañas promocionales que siguieron a las guerras mundiales, ha rodeado a la ciencia de un halo de santidad y de lejanía, que desalienta cualquier participación pública en las discusiones que atañen a la ciencia. Los periodistas seguimos informando tan sólo de los aspectos más abstractos de la ciencia, precisamente el ámbito sobre el que la gente común y corriente menos tiene algo que aportar.

Pero si el periodismo científico quiere estar verdaderamente al servicio del conjunto de los ciudadanos, lo primero que tendría que hacer es cambiar su agenda de trabajo. La ciencia no se entiende si se conocen sólo sus resultados, y algo que no se entiende es algo sobre lo que no se puede opinar.

En el siempre cerrado mundo universitario, disciplinas como la sociología y la historia de la ciencia han hecho mucho para comprender cómo hacen los científicos para

construir el cuerpo de conocimientos que los define y los caracteriza. ¿Cómo trabajan? ¿Cuándo confían? ¿Cuándo consideran probada una teoría? ¿Cómo evalúan sus evidencias? ¿Cómo se relacionan entre sí? ¿Cuál es su relación con los políticos, los empresarios, los militares? ¿Cómo deciden lo que se investiga? ¿Qué los amarra? ¿Qué los libera? ¿Por qué ceden a veces a la tentación de la mentira?

Además de satisfacer la legítima curiosidad del público por los nuevos conocimientos que alcanzan los científicos, el periodismo científico debería ser capaz de explicar las relaciones que teje la ciencia con el resto de la sociedad. Debería poder explicar a la gente cómo históricamente se ha ido conformando lo que hoy consideramos conocimiento científico. Debería, en una palabra, mostrar a la ciencia no como algo aislado, sino como parte integral de un contexto dado, un elemento fundamental en el desarrollo social de nuestro tiempo, que no sólo influye, sino que también recibe las influencias de los ámbitos más insospechados.

Sólo un periodismo que hable sin tapujos de los dilemas éticos a los que se enfrenta la práctica científica cotidiana permite que la gente decida sobre la conveniencia o no de poner límites a los experimentos. Sólo asumiendo de veras que las controversias son parte esencial del desarrollo mismo de la ciencia, puede la gente entender el por qué, por ejemplo, los científicos de hoy discrepan sobre la gravedad del cambio climático, y entonces decidir si por fin es momento de emprender acciones drásticas, aunque no se pongan aún todos de acuerdo. Sólo concientes de que los científicos también se ven influidos por sus propias convicciones políticas y por sus intereses económicos, entenderíamos los posibles desvíos en sus resultados, y estaríamos en mejor condición de evaluar con un criterio propio su trabajo.

Hay quien teme un modelo de divulgación científica que abra la “caja negra” de los laboratorios, que desvele intereses, conflictos, alianzas, fraudes, dudas, y que no se centre tan solo en resultados. Creen que con la injerencia del público la ciencia perdería su libertad actual, y que el avance del conocimiento saldría perjudicado. Aún más, piensan que la ciencia finalmente perdería buena parte de su legitimidad, y que al mostrar su dimensión social e histórica, es decir, su necesaria contingencia, lo que haríamos sería abrirle la puerta al más peligroso de los relativismos.

Es verdad que la primera gran damnificada de un proyecto de divulgación que vaya más allá de los hechos científicos sería la imagen de una ciencia pura y apolítica, como la que habitualmente se enseña. Pero la total neutralidad del conocimiento científico no es en realidad sino un gran mito, un mito poderoso que se nutre a sí mismo, y que el modelo de divulgación científica imperante sólo ha contribuido a reforzar: como los científicos nos parecen neutrales, no problematizamos sus acciones, y como no las problematizamos, contribuimos a perpetuar el mito de su neutralidad.

A cambio de dejar de lado el cuento de hadas, tendríamos sin embargo grandes ganancias. Al bajar a la ciencia al mundo terrenal, los ciudadanos estaríamos en mejores condiciones de comprender sus fortalezas y sus debilidades. Al entender que los conocimientos científicos no son producto de una revelación sino el fruto del arduo trabajo, sabríamos distinguir entre lo que se le puede pedir a la ciencia y lo que no. Entenderíamos más por qué hay esfuerzos fallidos, y estaríamos dispuestos a esperar con paciencia hasta que lleguen las aplicaciones prácticas de los conocimientos anunciados. Al sentir que existe la posibilidad real de incidir sobre los asuntos

científicos, podríamos alejarnos del determinismo y quizás evitar muchos de los temores que actualmente generan los avances científicos. Al saber que, aunque no comprendamos del todo cada detalle técnico, tenemos el derecho de opinar, nos involucraríamos de a de veras, y dejaríamos de ver a la ciencia y a los científicos como unos entes de naturaleza casi mágica.

En los últimos años ha habido esfuerzos que deliberadamente apuntan hacia esa dirección. Recientemente en Austria, la Academia de Ciencias creó la “Galería de la Investigación”, un espacio de exhibición y diálogo explícitamente enfocado a comunicar al público las investigaciones científicas en marcha (y no solamente las que han conseguido llegar a buen puerto), promoviendo al mismo tiempo las discusiones públicas sobre asuntos científicos y tecnológicos. En el año 2002, en Inglaterra, la *Royal Society of Arts* lanzó el programa experimental “Ciencia, Ciudadanía y Mercado”, que sentó a la mesa a empresarios, sociólogos, representantes del gobierno y organismos no gubernamentales, para hablar sobre las consecuencias de la creciente mercantilización de la investigación científica.

Otros acontecimientos políticos concretos han promovido también un periodismo científico directamente enfocado a ayudar al público a tomar decisiones relacionadas con la ciencia. Fue el caso de Suiza en 1998, con motivo de un referéndum sobre la biotecnología en donde el país se jugaba el seguir adelante o no con las investigaciones que implicaran la modificación genética de organismos vivos. En 2005, Italia también sometió al voto popular su nueva ley de reproducción asistida, en la que, entre otras cosas, se determinaba la posibilidad de investigar con embriones humanos. En ambos casos los medios de comunicación entraron al debate sobre asuntos que la ciencia no podía resolver sin el concurso del resto de la sociedad. ¿Es humano un óvulo recién fecundado?, era la pregunta en el caso de Italia, mientras que en Suiza había que marcar el camino a pesar de las profundas discrepancias en el seno mismo de la comunidad científica sobre cuál es el riesgo de los transgénicos.

En 1992, el sociólogo e historiador de la ciencia, Steven Shapin, publicó un artículo significativamente titulado “*Why the public ought to understand science-in-the-making*”, un texto programático sobre la importancia de dar a conocer al público cómo se hace la ciencia, y no únicamente cuáles han sido sus últimos resultados. El texto de Shapin era al mismo tiempo una reacción frente a la creciente fortaleza de un movimiento que se dice enfocado a promover que el público tenga nociones científicas “correctas”, y que en el fondo no hace sino prolongar la tradicional alianza ente los científicos y los divulgadores, en el entendido de que a mayor conocimiento científico se corresponde siempre una mayor apreciación de su valor.

Pero los periodistas no están para convencer a nadie del valor de una cosa, sino para proveer de informaciones útiles que permitan a cada uno de nosotros el forjarnos nuestra propia opinión. Deben desvelar lo que está oculto, tender puentes, contribuir al diálogo. Promover la participación ciudadana en asuntos científicos. Ése podría ser un buen punto de partida para responder a la pregunta: Información científica en la prensa, ¿y para qué?

Matiana González Silva.

Licenciada en filosofía y periodista. Master en Comunicación Científica, actualmente realiza el doctorado de Historia de las Ciencias en la Universidad Autónoma de Barcelona. Sus temas de investigación giran en torno a la imagen pública de la ciencia y la historia de su popularización.